



Alzo la cabeza con aire despreocupado y lo veo ahí, clavándome la mirada y examinándome con ojos inquisidores. Un escalofrío me recorre la espina dorsal. Tengo la amenazadora impresión de haber cometido algo terrible; el más perverso y cruel de todos los crímenes. La misma premonición que me aterrorizaba cuando de adolescente llegaba a casa y mis padres me esperaban en la puerta con la clásica cara de circunstancias, que solamente los padres son capaces de fingir. No sabía si es que les había llegado un sobre que incluía mis notas (me solían poner muchos cates en secundaria), una carta de quejas sobre mi comportamiento rebelde de parte de la directora del cole, los cotilleos de la amargada de la panadería desvelando que me había visto fumando marihuana con una amiga, o que la bruja de la vecina les había chivado que me había pillado en la escalera de la portería morreándome con un chaval del barrio el viernes pasado. Después de esa evocación, me doy cuenta de que eso sí que me causaba espanto, y no el mequetrefe que tengo de jefe y que ahora intenta intimidarme.

Os pongo en antecedentes: Trabajo de cajera en una cadena de droguerías. No penséis que es algo que aspiro a hacer toda mi vida (con todos los respetos hacia aquellas personas que sí lo hacen). Se trata de un trabajillo para ganarme un poco de dinero y poder financiarme la carrera. Curso estudios de cinematografía en Berlín, y aspiro a convertirme en la directora de cine que logre desbancar al mismísimo David Lynch. Sí, lo que habéis oído, bueno mejor, leído.

Ya sé lo que estáis pensando ahora: esta niña idealista con pájaros en la cabeza, se tendrá que contentar si consigue (como mucho) un empleo de *runner* (cuya definición suena fantásticamente: Persona a la que la producción le encomienda infinidad de tareas urgentes e inmediatas durante el rodaje de una película para garantizar que una realización no se paralice por detalle menores),

pero que en realidad no es más que lo que en el mundillo del tenis se denomina como «recogepelotas» en su sentido más literal.

Sin embargo, yo soy diferente, tengo un montón de ideas en la cabeza, brotan de mí a todas horas. De hecho, a veces creo que me estoy volviendo loca. Unas voces me hablan y me narran historias alucinantes, estremecedoras, cómicas. En fin, de toda clase. Y lo malo es que ¡no me da tiempo a escribirlo todo! Si tuviera tanta capacidad como el guapérrimo Eddie Morras, protagonista de «Sin límites» después de ingerir la droga NTZ, habría escrito ya tantas hojas como para llenar sin dejar un solo hueco vacío la Biblioteca del Congreso de EE.UU., aclamada por poseer la colección más grande del mundo. Aunque analizándolo bien, eso no pasaría en esta era digital. No obstante, sobre mis grandes planes, ya os informaré a lo largo de mi relato.

¿Dónde estábamos? Ah, sí, el mequetrefe de mi jefe. Cuando empecé a buscar un currito para sacarme un dinerillo, me pareció muy apetecible el hecho de trabajar en este tipo de cadenas de droguerías donde hoy en día puedes encontrar absolutamente de todo. Es decir, desde un lápiz de labios con el color de tus sueños o una laca de uñas superresistente, hasta unas plantillas del Dr. Ming-Wo que te quitan incluso el «sentío». Es decir, con propiedades magnéticas avaladas por millones de clientes que aseguran que las susodichas soletas no solo erradican el dolor y disminuyen las lesiones, sino que mejoran el rendimiento deportivo. Vamos, que el que no posee una medalla olímpica colgada en la pared de su casa es porque no quiere; reza el mensaje oculto del anuncio publicitario.

Pensé en las horas que podría pasar probando nuevos productos cosméticos; champús que garantizan cabellos lisos, brillantes y voluminosos que ni de los que presumen las Kardashians. Se me hacía la boca agua al imaginar los succulentos descuentos de los que me beneficiaría en todas las compras que efectuara.

Sin embargo, la realidad, siempre dura y poco compasiva, me reveló poco después de incorporarme, que a los empleados de menos de 400 € mensuales no les rebajan ni un cochino céntimo. Para ello, sí, y es que dentro del segmento de las cajas también hay diferentes clases, es necesario contar con una antigüedad de

no sé cuantos meses y trabajar más de no sé cuántas horas a la semana. ¿Y qué quiero deciros con todo este preámbulo-rollo? Pues que yo no tengo derecho a absolutamente nada. Vamos que a mí no me dan ni los mocos. Toda una desilusión. Y sobre lo atractivo que resultaría este puesto gracias a la cantidad de gente interesante que podría conocer trabajando cara al público. Exacto, y es que no tenéis ni idea de lo que yo a día de hoy puede revelaros de cada cliente con solo echar un vistazo a su cesta de la compra. Soy capaz de averiguar, por los productos que un comprador deposita en la cinta mecánica de la caja, su estado civil (soltero, casado, cansado...), estado de ánimo (frustrado, pletórico, deprimido) o también consigo reconocer si le ha acontecido algo muy especial en las últimas semanas (se ha estrenado como papá o al fin se ha echado novia).

Consideré que toda esa información sería muy útil para mis guiones. O para convertirme en *profiler*, o sea en una persona capaz de crear un perfil de un potencial sospechoso o criminal dependiendo del estudio o análisis de sus rasgos psicológicos. (Mi plan B si lo de escritora de guiones no chuta). Sin embargo, excepto «el impenetrable», lamentablemente (y siento chafaros con esto) no hay gente tan interesante por el mundo como yo en un principio había apostado. Del «impenetrable» os hablaré más tarde. No quiero enturbiar su imagen mezclándolo con el otro personajucho que tengo delante mía y ahora me está sometiendo a un examen.

A lo que iba, mi mequetrefe de jefe cree que es alguien mejor que cualquiera de los que trabaja aquí. Se siente orgulloso de tener su foto colgada en la entrada y titulada «gerente de filial». Es un auténtico perezas. Aprovecha cualquier reunión u ocasión para narrarte su (tediosa) vida, sus comienzos y su trayectoria. Sí, la de cajero a gerente. Imagínate; apasionante...Empezó como yo, desde abajo, y siempre nos lo recuerda. ¡Como si quisiéramos nosotros seguir su ejemplo! ¿Pero no se da cuenta de que es un plasta y que nadie lo traga? De aspecto es, ¿cómo lo podría describir!? Ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado, ni guapo ni feo. Pero quizás sea precisamente por eso que ha decidido ser así de tocapelotas, porque se trata de un tipo que pasaría desapercibido en cualquier lugar del mundo si no fuera por su manía, tendencia o vicio (llámalo como quieras) de dar por saco a la gente. Siempre

tiene que apostillarlo todo. Echa broncas a diestro y siniestro por chorradas, hace de un grano de arena una montaña, y, lo peor de todo, cree que es imprescindible en la empresa y que sin él no solo el negocio se iría al traste sino que se produciría una crisis a nivel global que ni la europea cuando se comenzó a hablar del Brexit.

–Leila (ah ese es mi nombre, que se me había olvidado decíroslo), tengo aquí una factura de una reclamación que no hay por donde cogerla. No me cuadra nada –espeta con tono autoritario y sugiriendo que ya me la han vuelto a meter doblada.

–¿Te refieres al lápiz de ojos por valor de 4,99 €? –pregunto fingiendo despreocupación pero enfatizando el importe irrisorio por el que me está interrogando.

–Exacto. No puedes devolver simplemente el importe a la gente cada vez que viene alguien insatisfecho y quejándose de su compra –explica con aires de suficiencia—. Nosotros no somos Caritas. Esto no es una organización sin fines lucrativos –me aclara al contemplar mi cara de estupefacción malinterpretando que mi rostro tiene ese aspecto no por el desconocimiento sobre dicha organización, sino por el pollo totalmente desmesurado que me está montando.

–Aquí lo que uno adquiere, lo conserva. Y si hay pegas, pues mira por dónde, mala suerte. Se trata de productos higiénicos cuya devolución es inaceptable.

Le miro y pienso: ¿Es que este tipo no ha oído hablar de los derechos de los consumidores? ¿O de Amazon? Por el amor de Dios, estamos hablando de 4,99 €. La pobre chica que lo compró (me acuerdo perfectamente de ella) era una joven adolescente; una colegiala, me atrevería a decir. Quería un lápiz de ojos barato para maquillarse los ojos los viernes por la noche y salir al cine o a la bolera con sus compis de clase. Pero el lápiz ese era tan malo que ni para rotular un CD podría ser utilizado. Lo había probado y de tanto pasarlo por el párpado casi le sale una úlcera en el ojo. La chica lo quería devolver porque había ahorrado algo y quería comprarse uno de mejor calidad; uno que le pintara la raya del ojo sin ocasionarle una cicatriz. Yo se lo permití. Cuando me relató lo sucedido, sentí compasión por ella; por un momento me sentí como una hermana mayor «enrollada»: –Claro que

te echaré una mano con eso, hermanita. No les contaré ni a papá ni a mamá que fumabas porros —casi le añado a continuación. Y le hice la devolución sin más.

Y ahora resulta que mi mequetrefe ¿igual incluso me despide por esa fatal decisión? Esto no puede ser verdad. Aunque quizás el mequetrefe tenga razón, quizás la chica me la metiera bien doblada. Con estos adolescentes de hoy en día una ya no sabe; lo cierto es que se las saben todas. Probablemente suelen hacer ese tipo de cosas a menudo. Sí (apuesto a que dicen entre ellos): —Dirígete a la cajera del pelo oscuro (por no decir la tonta y que no se cosca de nada) —creo oír—, esa te cambia el producto, aunque se trate de un cepillo del inodoro usado.

Pero aunque fuera así, resulta bastante exagerada la bronca. ¿No creéis? Por otra parte, reflexiono: no puedo perder ahora el curro. Tengo exámenes la semana próxima y necesito la pasta para pagar el alquiler, ahora no tengo tiempo de buscarme otro empleo. Y tampoco puedo irme sin tener la oportunidad de despedirme del «impenetrable». ¿Y si no lo vuelvo a ver? Casi me entra una arcada, noto que el corazón se me encoge. Así que me trago todo mi orgullo, le miro con fingida cara de arrepentimiento y expreso:

—No se puede imaginar, cómo siento lo sucedido. Tiene toda la razón. A partir de ahora, tendré mucho más cuidado. No volverá a suceder. Se lo prometo.

Finalmente, bajo la cabeza con rostro avergonzado.

El mequetrefe, contento de mi reacción y satisfecho por haberme humillado en público (pertenece a esa clase de personas que adoran degradar a los demás delante de la gente), se da media vuelta y desaparece con aire triunfal.